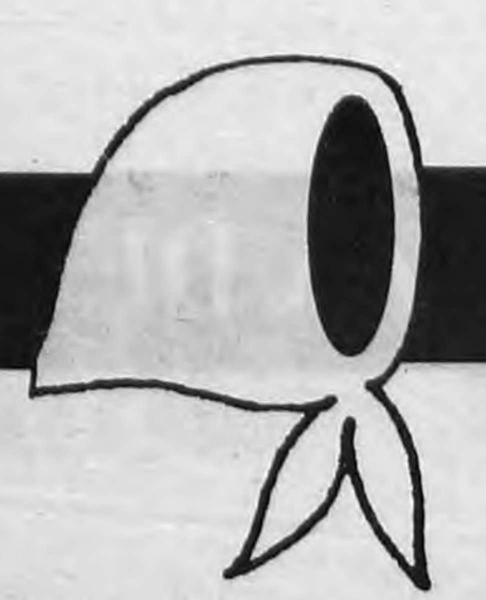
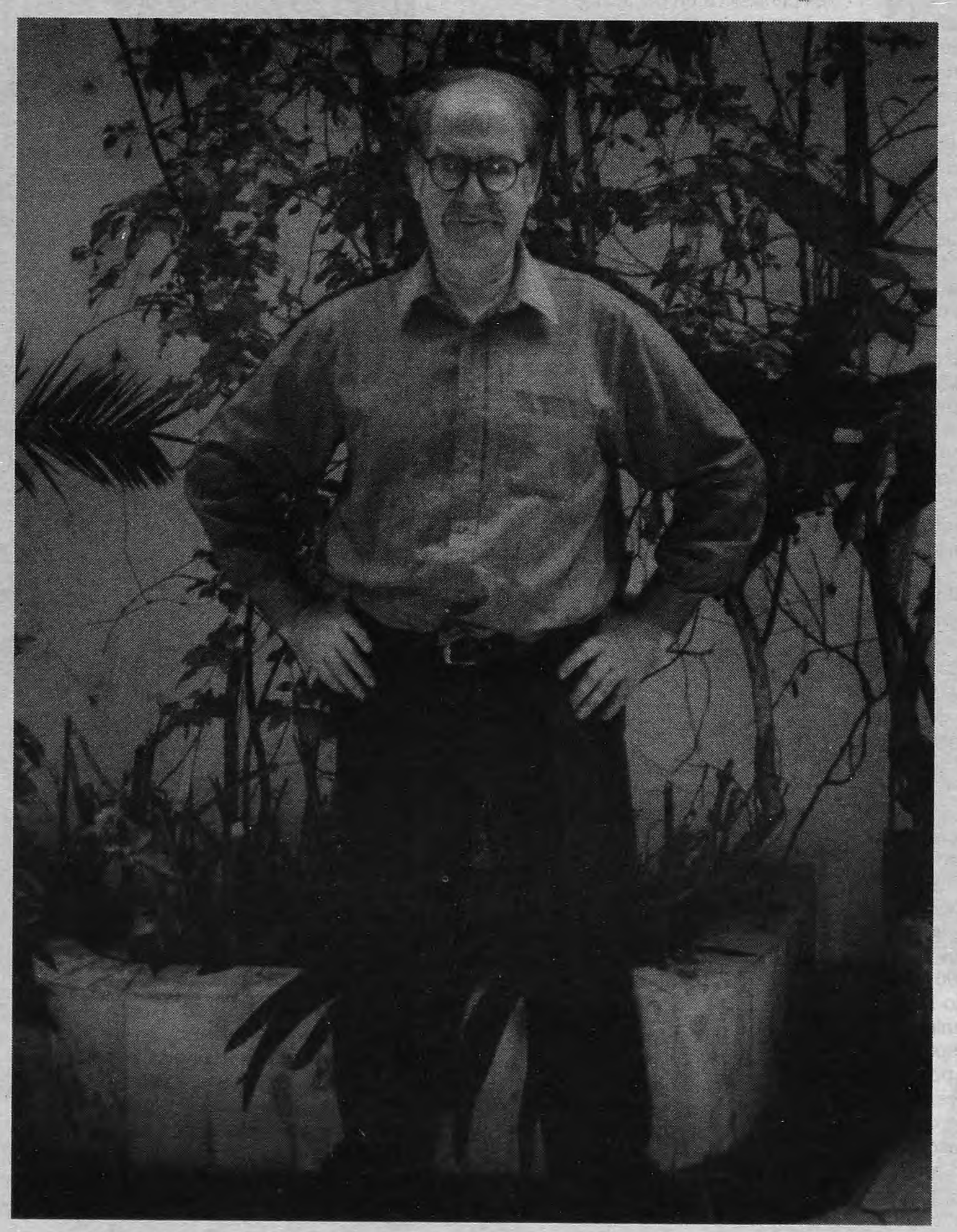


Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo



JORGE BEINSTEIN

"Argentina al garete"

La decadencia del país burgués

El sacudón institucional del 6 de octubre podría ser un buen punto de arranque para una reflexión a fondo sobre la crisis argentina, sobre la que se asienta buena parte de nuestra angustia como sujetos históricos y que perturba también la propia normalidad de los vínculos sociales. Como era de esperar sus dos principales protagonistas optaron por eludir los temas centrales, De la Rúa negando brutalmente la realidad y afirmando que "no hay crisis" (con un estilo que lo va acercando al autismo menemista) y Chacho Alvarez haciendo gala de su verborragia superficial bien conocida, limitando el problema a "una crisis de la forma de hacer política", como si la corrupción del sistema del cual él forma parte pudiera ser evaluada prescindiendo de su basamento económico, es decir de la hegemonía de núcleos muy concentrados (en su mayor parte extranjeros) cuyas superganancias se nutren de un saqueo permanente que sólo puede funcionar con la complicidad de un Estado degradado. La Alianza fracasó, no pudo ordenar y hacer transparente a un régimen, naturalmente opaco y mafioso, sus promesas de reactivación y saneamiento institucional fueron sepultadas por los ajustes y la voracidad del establishment. El menemismo no era tan excepcional ni anómalo como algunos sostenían sino más bien la adaptación peronista al esquema de poder vigente (que incluye radicales, independientes, justicialistas, conservadores, progresistas, etc.), articulación de camarillas crapulosas (políticas, comunicacionales, deportivas, comerciales. judiciales, policiales...) interpenetradas girando en torno de unos pocos focos gerenciales. En suma una extendida cleptocracia, una auténtica oligarquía gobernante de ladrones. La Alianza, que ahora agoniza, fue más-de-lo-mismo, con otra indumentaria, otros modales iniciales pero prolongando la estrategia económica y social de los 90.

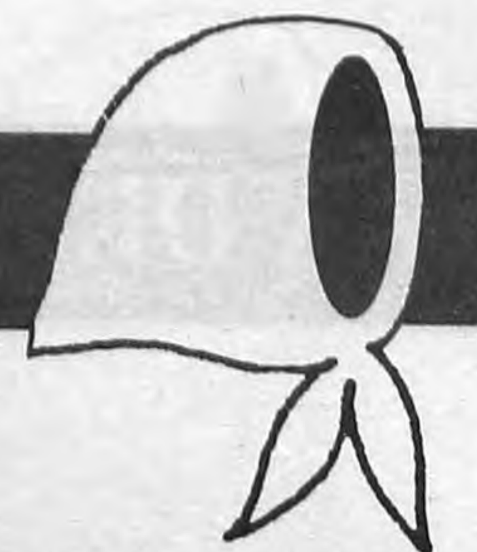
Señales de la coyuntura

Más allá de versiones, "informaciones-de-primera-mano" e intercambios de hipocresías entre los principales protagonistas, es posible detectar dos hechos significativos.

En primer lugar los cambios en la cúpula del gobierno se orientan hacia una mayor derechización de la política económica y un claro ascenso consolidación de redes mafiosas. Numerosas señales así lo confirman, desde el encumbramiento del "Coti" Nosiglia como figura clave, en las sombras, hasta el control del Ministerio de Justicia (y en consecuencia de la Oficina Anticorrupción) por parte del hermano del Presidente, pasando por el acercamiento con Menem, etc. La Alianza ha producido ya dos ajustes muy duros que acentuaron la recesión y la concentración de ingresos e incentivaron el descontento social, su legitimidad política venía cayendo, está en camino un tercer ajuste de igual signo que los anteriores. Mientras tanto se multiplican las señales de alarma en torno de la situación económica de Argentina. La revista *Business Week*, en su número del 18 de setiembre, en un inusual artículo de dos páginas, alertaba sobre la gravedad del panorama financiero del país señalando la posibilidad de su entrada en cesación de pagos precipitada por una superdeuda externa que crece vertiginosamente. Los medios locales silenciaron la noticia.

El segundo hecho importante es la forma en que se produjo la renuncia de Alvarez y su impacto en ciertos círculos políticos. En el mensaje de renuncia retomó su viejo discurso anticorrupción, lo centró en consideraciones "morales" y "políticas" pero evitó cuidadosamente hacer referencia a los ajustes neoliberales que él apoyó cuando ocupó la vicepresidencia, los intereses económicos dominantes con los que busca congraciarse y que son la fuente principal de la corrupción y buscó diferenciarse del "estilo" politiquero-mafioso, presentando la imagen honesta-renovadora que tanto éxito le dio en el pasado. Si ubicamos esta tentativa de renacimiento en el actual contexto nacional y regional podremos observar que en el ámbito local su iniciativa ha despertado una suerte de embrión de convergencia de fuerzas políticas que uniría conservadurismo social y económico (es decir el mantenimiento de la estructura de negocios dominante) con promesas de eficacia, transparencia, eliminación de la corrupción estatal, etc. Se trataría de una dinámica confluencia de centroderecha con sus matices "progresistas" (frepasistas, etc.) y "autoritarios" (Cavallo, Beliz, etc.) destinada a lograr una suerte de "lifting", de "recuperación de la esperanza" en un sistema de poder muy desprestigiado. La diplomacia de los Estados Unidos está sumamente interesada en la concreción de un espacio político de ese tipo ante el peligro de revueltas populares y de emergencia de alternativas hostiles a su dominación (como la de Chávez en Venezuela). Precisamente la agravación de la crisis económica y social en la región, que incluye la degradación de los viejos elencos políticos, la consolidación de la guerrilla en Colombia, los disturbios en Ecuador, Perú y Bolivia, etc., lleva a los Estados Unidos a alentar opciones estabilizadoras como la de Fox en México y Toledo en Perú.

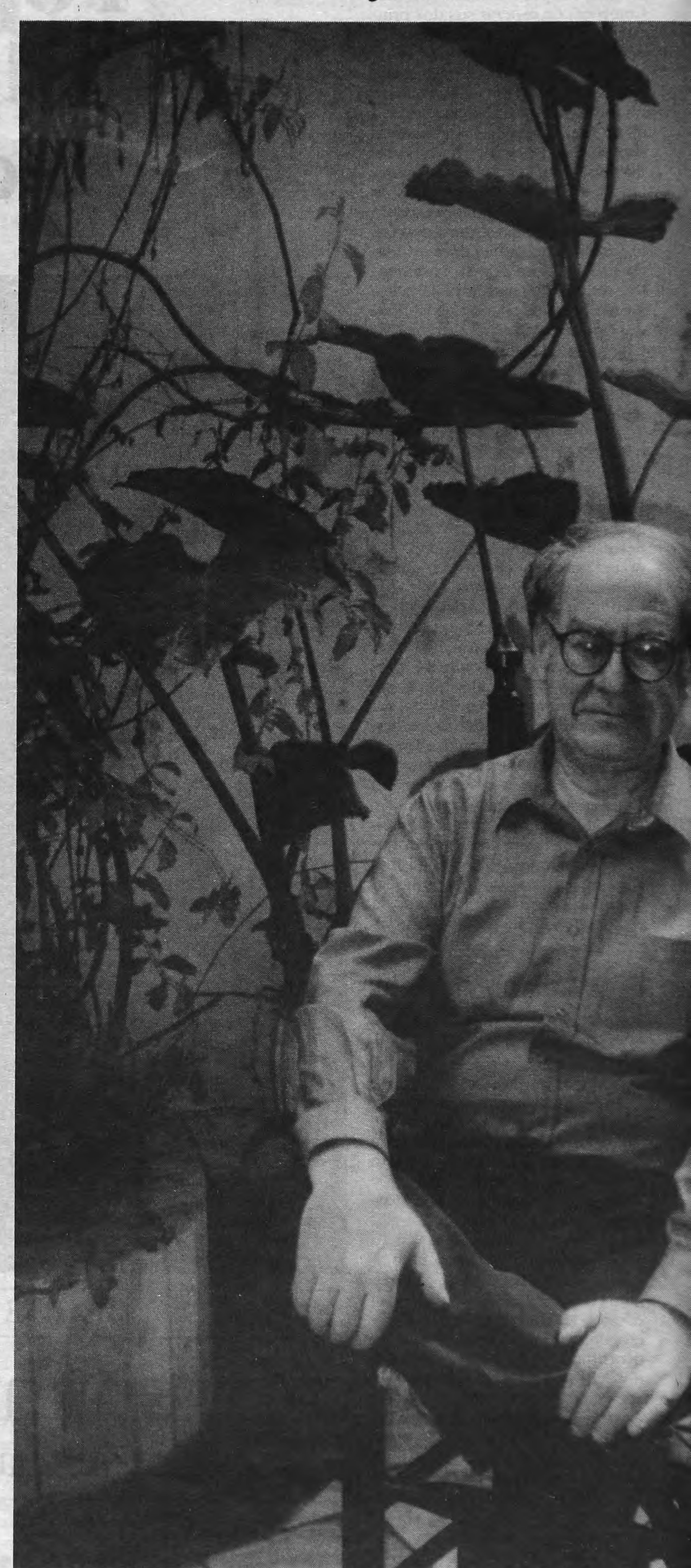
Esta "operación gatopardo", si toma cuerpo, deberá enfrentar dos dificultades, por una parte la resistencia de los viejos políticos que buscarán no ser desplazados y perder su cuota de negocios e impunidad y por otra el desarrollo de la crisis, su velocidad, extensión y politización que podría, tal vez, generar un tercer actor ascendente, peligroso, popular, hostil al neoliberalismo. En suma, nos encontraríamos en los inicios de un movimiento preventivo destinado a ocupar con con- ▶



"Argentina al

La decadencia del país

JORGE BEINSTEIN



servadores un vacío sociopolítico creciente antes de que sea ocupado por fuerzas enemigas, izquierdizantes, se trata de una carrera contra el tiempo, porque el desarrollo irresistible de la crisis va deteriorando la legitimidad del régimen, de sus opciones políticas, imponiendo la presencia de los antagonismos sociales reales.

Contexto global y regional

Si el futuro estará determinado por las modalidades de la crisis resulta indispensable explorar sus características, constatar que nos encontramos ante la convergencia explosiva de la crisis global (agravada desde 1997 con las turbulencias asiáticas) con un proceso de decadencia nacional, de desestructuración integral que desde los finales del menemismo va asumiendo las características de un proceso terminal, de hundimiento generalizado de formas económicas, identidades políticas y culturales, instituciones, etc.

A nivel mundial vamos entrando a lo largo del año 2000 en una nueva etapa de la crisis. Durante la anterior fueron cayendo uno tras otro los mitos de la periferia emergente. El nuevo capitalismo de Asia del Este terminó en la catástrofe de 1997 a partir de la cual países como Corea del Sur, Filipinas o Indonesia comprobaron el fin de las ilusiones primermundistas de sus elites y redescubrieron la dureza del subdesarrollo. La transición hacia la "economía de mercado" en Europa del Este y la ex URSS derivó en el reino de las mafias, la generalización de la pobreza con áreas sociales de miseria extrema en expansión, la caída en picada de la producción, la desintegración de estados multinacionales (URSS, Yugoslavia, Checoslovaquia). La prometida prosperidad neoliberal en América latina nunca llegó y desde mediados de los 90 crecieron rápidamente las deudas externas y la marginalidad social (gracias a la aplicación de las estrategias liberales).

Si miramos hacia el Primer Mundo observaremos el estancamiento japonés que dura cerca de una década, desde el estallido de la burbuja financiera a comienzos de los 90. Dejó de crecer la segunda economía del capitalismo, se trató de un hecho decisivo, de enorme importancia que los medios globales de comunicación han venido ocultando, subestimando de manera sistemática. A ello se agregó el desarrollo mediocre de la Unión Europea, que no encontró en la recolonización de la Europa del Este su tabla de salvación, acumulando desocupados, tensiones sociales. Hacia 1980 la Unión Europea contaba con unos 8 millones de desocupados, que superaban los 10 millones en 1990 y llegaban a 17 millones en 1998, a lo largo de los 90 Alemania, motor económico de la región no ha podido hacer despegar sus inversiones productivas, fue perdiendo participación en las exportaciones mundiales. En cuanto a Estados Unidos, que aparecía como la superpotencia vencedora de la Guerra Fría, con un poder irresistible, experimentó la exacerbación de la euforia consumista y especulativa que generó un progreso efímero apoyado en el parasitismo financiero (los gurús nos querían hacer creer que se trataba del comienzo de una era de prosperidad capitalista indefinida).

La contracara de la euforia norteamericana era un conjunto de factores que alertaban acerca de su fragilidad como el crecimiento imparable del déficit comercial (que trepó de 74 mil millones de dólares en 1991 a 173 mil millones en 1995 para superar los 300 mil millones en 1999), la extinción del ahorro personal (tocó cero en 1999 y empezó a hacerse negativo durante el 2000) devorado por la fiebre especulativa-bursátil y consumista o la presencia en Estados Unidos de un flujo inestable de fondos internacionales donde se combinaron inversiones directas procedentes de países de la Unión Europea, capitales mafiosos globales (rusos, de Medio y Extremo Oriente, latinoamericanos, etc.), fugas de capitales de origen periférico, etc.

La fiesta no podía ser eterna, así lo entendieron las autoridades financieras de EE.UU. (en primer lugar la Reserva Federal), que desde fines de los 90 intentan lograr el llamado "aterrizaje suave", subiendo gradualmente las tasas de interés, buscando enfriar poco a poco al sistema y evitar así su caída catastrófica.

El margen de maniobras de los países hiperdesarrollados no es muy grande, bloqueados por enormes deudas públicas (la deuda estatal del conjunto de países del G7 llega actualmente a los 16 billones de dólares, eso representa más de la mitad del Producto Bruto Mundial) y con sus satélites periféricos en declinación.

La nueva etapa de la crisis que ha comenzado en el 2000 está marcada por el desinfle de la economía de EE.UU., que traerá a corto plazo graves consecuencias para las otras zonas superdesarrolladas y para la periferia. En abril cayó el índice bursátil Nasdaq y no volvió a recuperarse, combinado con la confirmación del estancamiento del índice Dow Jones y la proliferación de señales de desaceleración de la economía real.

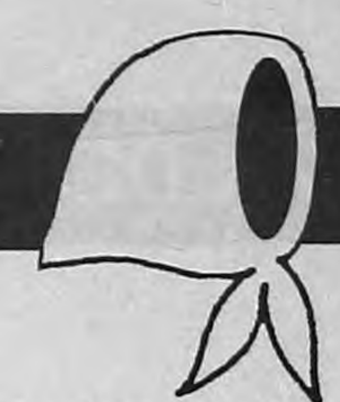
Pero incluso la mejor hipótesis para EE.UU., el "aterrizaje suave", implicaría un prolongado período de bajo crecimiento que entre otras cosas causaría una importante desaceleración del comercio internacional y la agudización de tendencias sociales desintegradoras en el plano interno ya presentes en la última década.

"Si el futuro estará determinado por las modalidades de la crisis resulta indispensable explorar sus características, constatar que nos encontramos ante la convergencia explosiva de la crisis global con un proceso de decadencia nacional."

En síntesis, la marea financiera cuya hegemonía emergió hacia finales del siglo XIX (poco tiempo después descripta por Lenin) se encuentra hoy, luego de más de cien años de recorrido ascendente dominando de manera aplastante al conjunto del capitalismo, imponiéndole su sello parasitario, saqueando amplios espacios de la economía productiva, generando millones de desocupados y hambrientos, degradando estados, etc. Nos encontramos ahora ante una crisis profunda del capitalismo, muy probablemente la más grave de toda su historia, que se venía perfilando desde los 70 y que en los 90 aceleró su ritmo y experimentó un gran salto cualitativo (hiperparasitario) que nos induce a introducir conceptos tales como "senilidad", "decadencia", etc.

Como parte de este panorama aparece la economía latinoamericana que ya en 1999 tuvo un crecimiento per cápita negativo y que en el 2000 sigue en declinación.

América latina fue sometida a la ilusión conservadora del matrimonio entre capitalismo subdesarrollado (con Estado mínimo y desmantelamiento de la legislación laboral y la protección social) y "democracia" parlamentaria de tipo occidental. En el camino las sociedades se fueron elitizando,



"Argentina al garete"

La decadencia del país burgués

JORGE BEINSTEIN

servadores un vacío sociopolítico creciente antes de que sea ocupado por fuerzas enemigas, izquierdizantes, se trata de una carrera contra el tiempo, porque el desarrollo irresistible de la crisis va deteriorando la legitimidad del régimen, de sus opciones políticas, imponiendo la presencia de los antagonismos sociales reales.

Contexto global y regional

Si el futuro estará determinado por las modalidades de la crisis resulta indispensable explorar sus características, constatar que nos encontramos ante la convergencia explosiva de la crisis global (agravada desde 1997 con las turbulencias asiáticas) con un proceso de decadencia nacional, de desestructuración integral que desde los finales del menemismo va asumiendo las características de un proceso terminal, de hundimiento generalizado de formas económicas, identidades políticas y culturales, instituciones, etc.

A nivel mundial vamos entrando a lo largo del año 2000 en una nueva etapa de la crisis. Durante la anterior fueron cayendo uno tras otro los mitos de la periferia emergente. El nuevo capitalismo de Asia del Este terminó en la catástrofe de 1997 a partir de la cual países como Corea del Sur, Filipinas o Indonesia comprobaron el fin de las ilusiones primermundistas de sus elites y redescubrieron la dureza del subdesarrollo. La transición hacia la "economía de mercado" en Europa del Este y la ex URSS derivó en el reino de las mafias, la generalización de la pobreza con áreas sociales de miseria extrema en expansión, la caída en picada de la producción, la desintegración de estados multinacionales (URSS, Yugoslavia, Checoslovaquia). La prometida prosperidad neoliberal en América latina nunca llegó y desde mediados de los 90 crecieron rápidamente las deudas externas y la marginalidad social (gracias a la aplicación de las estrategias liberales).

Si miramos hacia el Primer Mundo observaremos el estancamiento japonés que dura cerca de una década, desde el estallido de la burbuja financiera a comienzos de los 90. Dejó de crecer la segunda economía del capitalismo, se trató de un hecho decisivo, de enorme importancia que los medios globales de comunicación han venido ocultando, subestimando de manera sistemática. A ello se agregó el desarrollo mediocre de la Unión Europea, que no encontró en la recolonización de la Europa del Este su tabla de salvación, acumulando desocupados, tensiones sociales. Hacia 1980 la Unión Europea contaba con unos 8 millones de desocupados, que superaban los 10 millones en 1990 y llegaban a 17 millones en 1998, a lo largo de los 90 Alemania, motor económico de la región no ha podido hacer despegar sus inversiones productivas, fue perdiendo participación en las exportaciones mundiales. En cuanto a Estados Unidos, que aparecía como la superpotencia vencedora de la Guerra Fría, con un poder irresistible, experimentó la exacerbación de la euforia consumista y especulativa que generó un progreso efímero apoyado en el parasitismo financiero (los gurús nos querían hacer creer que se trataba del comienzo de una era de prosperidad capitalista indefinida).

La contracara de la euforia norteamericana era un conjunto de factores que alertaban acerca de su fragilidad como el crecimiento imparable del déficit comercial (que trepó de 74 mil millones de dólares en 1991 a 173 mil millones en 1995 para superar los 300 mil millones en 1999), la extinción del ahorro personal (tocó cero en 1999 y empezó a hacerse negativo durante el 2000) devorado por la fiebre especulativa-bursátil y consumista o la presencia en Estados Unidos de un flujo inestable de fondos internacionales donde se combinaron inversiones directas procedentes de países de la Unión Europea, capitales mafiosos globales (rusos, de Medio y Extremo Oriente, latinoamericanos, etc.), fugas de capitales de origen periférico, etc.

La fiesta no podía ser eterna, así lo entendieron las autoridades financieras de EE.UU. (en primer lugar la Reserva Federal), que desde fines de los 90 intentan lograr el llamado "aterrizaje suave", subiendo gradualmente las tasas de interés, buscando enfriar poco a poco al sistema y evitar así su caída catastrófica.

El margen de maniobras de los países hiperdesarrollados no es muy grande, bloqueados por enormes deudas públicas (la deuda estatal del conjunto de países del G7 llega actualmente a los 16 billones de dólares, eso representa más de la mitad del Producto Bruto Mundial) y con sus satélites periféricos en declinación.

La nueva etapa de la crisis que ha comenzado en el 2000 está marcada por el desinfle de la economía de EE.UU., que traerá a corto plazo graves consecuencias para las otras zonas superdesarrolladas y para la periferia. En abril cayó el índice bursátil Nasdaq y no volvió a recuperarse, combinado con la confirmación del estancamiento del índice Dow Jones y la proliferación de señales de desaceleración de la economía real.

Pero incluso la mejor hipótesis para EE.UU., el "aterrizaje suave", implicaría un

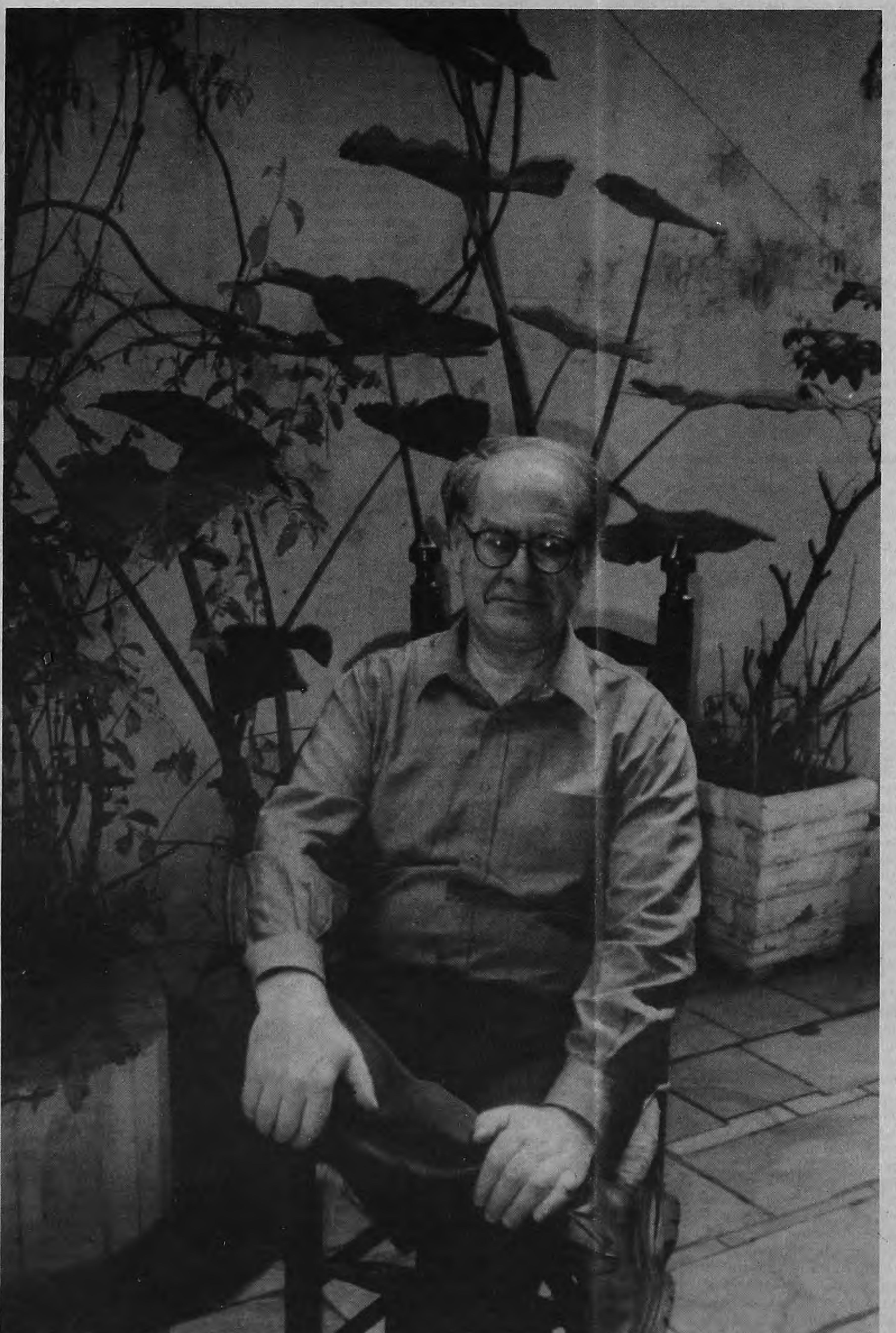
"Si el futuro estará determinado por las modalidades de la crisis resulta indispensable explorar sus características, constatar que nos encontramos ante la convergencia explosiva de la crisis global con un proceso de decadencia nacional."

prolongado período de bajo crecimiento que entre otras cosas causaría una importante desaceleración del comercio internacional y la agudización de tendencias sociales desintegradoras en el plano interno ya presentes en la última década.

En síntesis, la marea financiera cuya hegemonía emergió hacia finales del siglo XIX (poco tiempo después descripta por Lenin) se encuentra hoy, luego de más de cien años de recorrido ascendente dominando de manera aplastante al conjunto del capitalismo, imponiéndole su sello parasitario, saqueando amplios espacios de la economía productiva, generando millones de desocupados y hambrientos, degradando estados, etc. Nos encontramos ahora ante una crisis profunda del capitalismo, muy probablemente la más grave de toda su historia, que se venía perfilando desde los 70 y que en los 90 aceleró su ritmo y experimentó un gran salto cualitativo (hiperparasitario) que nos induce a introducir conceptos tales como "senilidad", "decadencia", etc.

Como parte de este panorama aparece la economía latinoamericana que ya en 1999 tuvo un crecimiento per cápita negativo y que en el 2000 sigue en declinación.

América latina fue sometida a la ilusión conservadora del matrimonio entre capitalismo subdesarrollado (con Estado mínimo y desmantelamiento de la legislación laboral y la protección social) y "democracia" parlamentaria de tipo occidental. En el camino las sociedades se fueron elitizando,



segregando a masas crecientes de marginales e indigentes, los tejidos productivos profundizaron su desarticulación iniciada en los 80 (o aun antes en ciertos casos), los grupos burgueses nacionales se reconvirtieron en su gran mayoría a los negocios parasitarios ilegales o semilegales, desde el narcotráfico hasta el saqueo del Estado, girando en torno de intereses financieros y mafiosos globales.

Hacia fines de 1994 llegó la crisis financiera mexicana, precedida por el estallido insurgente de Chiapas, en 1995 se produjo una recesión muy fuerte que abarcó a buena parte de la región, el PBI latinoamericano por habitante cayó un 1,5 % en promedio con situaciones dramáticas como las de Argentina (-6,2 %) o México (-8,2%) luego el crecimiento se mantuvo a duras penas sobre la base del incesante aumento de las deudas externas y los déficit fiscales. La suba de las tasas de interés en Estados Unidos afectó duramente a una América latina superendeudada. Su deuda externa había pasado de 450 mil millones de dólares en 1991 a 750 mil millones de dólares en 1999, precisamente en ese último año el PBI regional por habitante volvió a ser negativo (-1,6 %) con caídas superiores al 6 % en Ecuador y Venezuela y de más del 3 % en Argentina y Colombia. Los pronósticos para el 2000-2001 son sombríos.

En consecuencia las democracias neoliberales han ido perdiendo viabilidad, convirtiéndose en ciertos casos en caricaturas grotescas, dictaduras malamente disimuladas como en Perú o monopolios de camarillas mafiosas como en Bolivia, Argentina o Nicaragua dando pie a rupturas que en el caso venezolano genera un sistema político nuevo que recupera ciertos niveles de autonomía con respecto de Estados Unidos.

La crisis argentina

La crisis argentina actual aparece como la suma, la síntesis, la resultante final, terminal de una larga sucesión de fracasos durante más de cien años, que se fueron acumulando, que nunca han sido realmente superados. Fracasó el país oligárquico, agroexportador, elitista, gestado en las últimas décadas del siglo XIX, por una naciente burguesía de especuladores, parasitaria, encumbrada sobre varios genocidios: el de pueblos criollos del interior, el de Paraguay y el de las masas indígenas. No pudo consolidarse, acosado por su propio desarrollo que engendró clases medias y bajas modernas que presionaron contra el monopolio aristocrático del poder y limitado por la crisis mundial que bloqueó su expansión para finalmente desestabilizarlo (la guerra mundial de 1914 marcó su declinación y la crisis de 1929-30 su muerte).

Fracasó la tentativa democratizadora protagonizada por el radicalismo yrigoyenista que intentó ampliar la base social del régimen oligárquico respetando al mismo tiempo sus fundamentos económicos, su sumisión al imperialismo inglés.

Fracasó luego el país industrial y su primera expresión popular, el peronismo, que desde 1945 pretendió consolidar espacios de autonomía nacional e integración social, pero forjando un capitalismo de Estado prisionero de contradicciones y limitaciones sociales que terminaron por devorarlo.

Fracasaron después todos los ensayos de deslizamiento a la derecha, proimperialistas, más o menos autoritarios o "democráticos", desde la "Revolución Libertadora" de 1955, siguiendo con el desarrollismo (195862), la dictadura de Onganía (1966) y sus pretensiones tecnocráticas neofascistas, el segundo peronismo (1973-76) y la contrarrevolución que le sucedió. Fracasó también el alfonsinismo que prometió democracia política y conservó la estructura capitalista altamente financierizada, heredada de la dictadura militar (a la que otorgó además múltiples certificados de impunidad) y concluyó finalmente en fracaso el proyecto neoliberal de los 90 instalado por un peronismo adaptado a los nuevos tiempos de la dominación imperialista y lastimosamente prolongado por la Alianza.

La economía argentina de los 90 fue la resultante de la convergencia de dos evoluciones estrechamente asociadas, por un lado la de un viejo capitalismo nacional desestructurado, invadido por el cáncer parasitario, con sus grandes jefes convertidos en lumpenburguesía, resultado de una muy prolongada decadencia que también afectó a los sindicatos obreros, las universidades, la administración pública, etc., y por otra parte la del capitalismo global integralmente sometido por la especulación financiera: Menem, con su perfil tenebroso, degenerado, expresó como nadie esa realidad, De la Rúa con su rigidez tonta y su ex socio menor, Chacho Alvarez, son la conclusión caricatural al cuadrado, agonizante del modelo.

La dinámica neoliberal

Los acontecimientos económicos de la última década fueron encadenándose para llegar a formar parte del desastre actual.

Un hecho mayor fue la expansión de la deuda externa pública y privada, el tema comenzó a aparecer con cada vez mayor

"Una causa importante del endeudamiento ha sido el déficit comercial alto desde el comienzo del Plan de Convertibilidad. La política de apertura comercial provocó una ola de importaciones que acorraló a las industrias locales generando desocupación."

frecuencia en los medios de comunicación durante la segunda presidencia de Menem, poco tiempo antes era casi ignorado o considerado un asunto secundario en el supuesto nuevo contexto de crecimiento. Cavallo solía señalar que el endeudamiento no era una expresión de debilidad sino de fortaleza, de confianza de "los mercados" hacia la economía argentina y que a largo plazo los compromisos serían fácilmente saldados gracias al desarrollo previsto.

La deuda pública se mantuvo relativamente estable entre fines de los 80 y comienzos de los 90, la avalancha de privatizaciones trajo una importante entrada de fondos y alentó la ilusión de que el endeudamiento había encontrado un techo durable. El Gobierno anunciaba que el fin de la carga de los déficit de las empresas públicas y el aumento de la recaudación fiscal le permitiría sostener su programa de convertibilidad sin necesidad de acudir demasiado al crédito externo. Pero no fue así, desde 1993 la deuda estatal empezó a crecer nuevamente, cada año aumentaba entre ocho mil y diez mil millones de dólares y en 1998 el salto fue aun más fuerte (unos 13 mil millones de dólares) llegando a fines de ese año a los 105 mil millones. Pero si entre 1992 y 1998 la deuda pública se duplicó la privada fue multiplicada por 10 pasando de 3500 a 35.000 millones de dólares (según la evaluación oficial). De ese modo la deuda total del país hacia mediados del 2000 llegaría, según las últimas estimaciones, a los 200 mil millones de dólares (el 70 % del PBI oficial, aunque si extraemos de éste su componente "informal" nos acercaremos al 100%), la atención del pago de la deuda genera más endeudamiento (Argentina pide prestado para pagar), el círculo vicioso está en marcha, si no es cortado deberá terminar en un crac financiero.

El fenómeno no ha sido causado por perturbaciones coyunturales, creció de manera permanente atravesando auges y depresiones, antes, durante y después de las crisis mexicana, asiática, rusa o brasileña. Lo único que enfrió durante muy poco tiempo su componente estatal fue la privatización en masa de empresas públicas, agotados los fondos que ella generó el sistema volvió a funcionar como una máquina de endeudamiento.

Podría argumentarse que fue la conjunción entre la escasez local de capitales y la abundancia de fondos globales destinados a los mercados emergentes lo que alentó a gobernantes y empresarios a pedir prestado, pero ello está en abierta contradicción con el hecho de que la elite argentina tiene colocados en el exterior capitales superiores a los 100 mil millones de dólares, para algunos expertos la cifra es muy superior. El argumento de los diversos ajustes anteriores (y seguramente del próximo) es que los argentinos consumen más de lo que producen, que gastan por encima de sus ingresos lo que los impulsa a endeudarse, este razonamiento olvida el hecho de que mientras la deuda crece también lo hacen las colocaciones de fondos en el exterior (lo que entra por una puerta sale por la otra). En el pasado se aducía que estos capitales se fugaban porque las trabas dirigistas nacionales les impedían funcionar libremente, ello llevaba a complicadas elucubraciones de políticos y consejeros económicos acerca de cómo repatriar esos capitales, casi siempre la conclusión era que había que liberalizar en profundidad el sistema e instaurar una estabilidad monetaria durable. Es difícil imaginar una economía más liberal que la presente, la inflación es insignificante y la paridad peso-dólar ha sido clavada por ley, sin embargo la fuga de capitales se ha acentuado.

Una causa importante del endeudamiento ha sido el déficit comercial alto desde el comienzo del Plan de Convertibilidad. La política de apertura comercial provocó una ola de importaciones que acorraló a las industrias locales generando desocupación pero también una oferta de bienes que frenó la inflación, lo que sumado a la concentración financiera, comercial e industrial terminó por conformar un modelo con fuerte sesgo importador, muchos marginados y dominado por un reducido núcleo de grupos transnacionales. La desarticulación del tejido económico acentuó su dependencia, para poder crecer la economía enfrentada a la proliferación de agujeros productivos (causada por la desaparición de empresas) necesitaba importar, en la medida que este proceso se autoalimentaba el coeficiente de importaciones de la industria fue aumentando. El resultado final fue más deuda externa y ajustes cada vez más fuertes que buscan en vano reducir el déficit comercial y desacelerar el endeudamiento. Con una deuda externa global inmanejable Argentina queda atrapada en un círculo perverso de pobreza en expansión y enfriamiento económico durable, la persistencia del modelo no puede ofrecer más que eso.

Otra causa de endeudamiento es el déficit fiscal que según el viejo discurso liberal obedecía al mal desempeño de las empresas públicas, pero producidas las privatizaciones los déficit siguieron, lo que obligó a contraer deudas. La culpa fue entonces transferida desde la extinta empresa pública hacia un enemigo difuso

garete"
burgués



segregando a masas crecientes de marginales e indigentes, los tejidos productivos profundizaron su desarticulación iniciada en los 80 (o aun antes en ciertos casos), los grupos burgueses nacionales se reconvirtieron en su gran mayoría a los negocios parasitarios ilegales o semilegales, desde el narcotráfico hasta el saqueo del Estado, girando en torno de intereses financieros y mafiosos globales.

Hacia fines de 1994 llegó la crisis financiera mexicana, precedida por el estallido insurgente de Chiapas, en 1995 se produjo una recesión muy fuerte que abarcó a buena parte de la región, el PBI latinoamericano por habitante cayó un 1,5 % en promedio con situaciones dramáticas como las de Argentina (-6,2 %) o México (-8,2%) luego el crecimiento se mantuvo a duras penas sobre la base del incesante aumento de las deudas externas y los déficit fiscales. La suba de las tasas de interés en Estados Unidos afectó duramente a una América latina superendeudada. Su deuda externa había pasado de 450 mil millones de dólares en 1991 a 750 mil millones de dólares en 1999, precisamente en ese último año el PBI regional por habitante volvió a ser negativo (-1,6 %) con caídas superiores al 6 % en Ecuador y Venezuela y de más del 3 % en Argentina y Colombia. Los pronósticos para el 2000-2001 son sombríos.

En consecuencia las democracias neoliberales han ido perdiendo viabilidad, convirtiéndose en ciertos casos en caricaturas grotescas, dictaduras malamente disimuladas como en Perú o monopolios de camarillas mafiosas como en Bolivia, Argentina o Nicaragua dando pie a rupturas que en el caso venezolano genera un sistema político nuevo que recupera ciertos niveles de autonomía con respecto de Estados Unidos.

La crisis argentina

La crisis argentina actual aparece como la suma, la síntesis, la resultante final, terminal de una larga sucesión de fracasos durante más de cien años, que se fueron acumulando, que nunca han sido realmente superados. Fracasó el país oligárquico, agroexportador, elitista, gestado en las últimas décadas del siglo XIX, por una naciente burguesía de especuladores, parasitaria, encumbrada sobre varios genocidios: el de pueblos criollos del interior, el de Paraguay y el de las masas indígenas. No pudo consolidarse, acosado por su propio desarrollo que engendró clases medias y bajas modernas que presionaron contra el monopolio aristocrático del poder y limitado por la crisis mundial que bloqueó su expansión para finalmente desestabilizarlo (la guerra mundial de 1914 marcó su declinación y la crisis de 1929-30 su muerte).

Fracasó la tentativa democratizadora protagonizada por el radicalismo yrigoyenista que intentó ampliar la base social del régimen oligárquico respetando al mismo tiempo sus fundamentos económicos, su sumisión al imperialismo inglés.

Fracasó luego el país industrial y su primera expresión popular, el peronismo, que desde 1945 pretendió consolidar espacios de autonomía nacional e integración social, pero forjando un capitalismo de Estado prisionero de contradicciones y limitaciones sociales que terminaron por devorarlo.

Fracasaron después todos los ensayos de deslizamiento a la derecha, proimperialistas, más o menos autoritarios o "democráticos", desde la "Revolución Libertadora" de 1955, siguiendo con el desarrollismo (195862), la dictadura de Onganía (1966) y sus pretensiones tecnocráticas neofascistas, el segundo peronismo (1973-76) y la contrarrevolución que le sucedió. Fracasó también el alfonsinismo que prometió democracia política y conservó la estructura capitalista altamente financierizada, heredada de la dictadura militar (a la que otorgó además múltiples certificados de impunidad) y concluyó finalmente en fracaso el proyecto neoliberal de los 90 instalado por un peronismo adaptado a los nuevos tiempos de la dominación imperialista y lastimosamente prolongado por la Alianza.

La economía argentina de los 90 fue la resultante de la convergencia de dos evoluciones estrechamente asociadas, por un lado la de un viejo capitalismo nacional desestructurado, invadido por el cáncer parasitario, con sus grandes jefes convertidos en lumpenburguesía, resultado de una muy prolongada decadencia que también afectó a los sindicatos obreros, las universidades, la administración pública, etc., y por otra parte la del capitalismo global integralmente sometido por la especulación financiera: Menem, con su perfil tenebroso, degenerado, expresó como nadie esa realidad, De la Rúa con su rigidez tonta y su ex socio menor, Chacho Alvarez, son la conclusión caricatural al cuadrado, agonizante del modelo.

La dinámica neoliberal

Los acontecimientos económicos de la última década fueron encadenándose para llegar a formar parte del desastre actual.

Un hecho mayor fue la expansión de la deuda externa pública y privada, el tema comenzó a aparecer con cada vez mayor frecuencia en los medios de comunicación durante la segunda presidencia de Menem, poco tiempo antes era casi ignorado o considerado un asunto secundario en el supuesto nuevo contexto de crecimiento. Cavallo solía señalar que el endeudamiento no era una expresión de debilidad sino de fortaleza, de confianza de "los mercados" hacia la economía argentina y que a largo plazo los compromisos serían fácilmente saldados gracias al desarrollo previsto.

"Una causa importante del endeudamiento ha sido el déficit comercial alto desde el comienzo del Plan de Convertibilidad. La política de apertura comercial provocó una ola de importaciones que acorraló a las industrias locales generando desocupación."

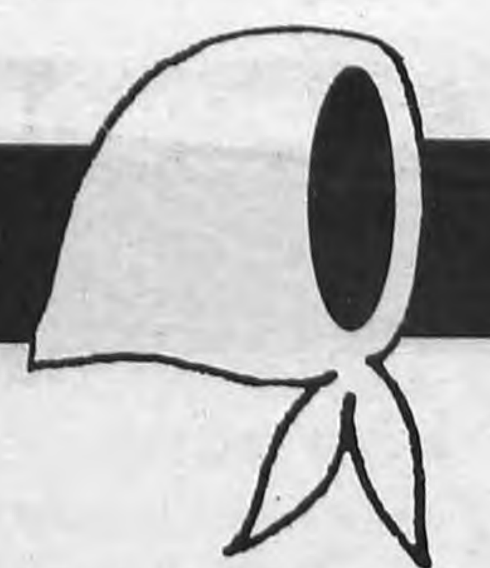
La deuda pública se mantuvo relativamente estable entre fines de los 80 y comienzos de los 90, la avalancha de privatizaciones trajo una importante entrada de fondos y alentó la ilusión de que el endeudamiento había encontrado un techo durable. El Gobierno anunciaba que el fin de la carga de los déficit de las empresas públicas y el aumento de la recaudación fiscal le permitiría sostener su programa de convertibilidad sin necesidad de acudir demasiado al crédito externo. Pero no fue así, desde 1993 la deuda estatal empezó a crecer nuevamente, cada año aumentaba entre ocho mil y diez mil millones de dólares y en 1998 el salto fue aun más fuerte (unos 13 mil millones de dólares) llegando a fines de ese año a los 105 mil millones. Pero si entre 1992 y 1998 la deuda pública se duplicó la privada fue multiplicada por 10 pasando de 3500 a 35.000 millones de dólares (según la evaluación oficial). De ese modo la deuda total del país hacia mediados del 2000 llegaría, según las últimas estimaciones, a los 200 mil millones de dólares (el 70 % del PBI oficial, aunque si extraemos de éste su componente "informal" nos acercaremos al 100%), la atención del pago de la deuda genera más endeudamiento (Argentina pide prestado para pagar), el círculo vicioso está en marcha, si no es cortado deberá terminar en un crac financiero.

El fenómeno no ha sido causado por perturbaciones coyunturales, creció de manera permanente atravesando auges y depresiones, antes, durante y después de las crisis mexicana, asiática, rusa o brasileña. Lo único que enfrió durante muy poco tiempo su componente estatal fue la privatización en masa de empresas públicas, agotados los fondos que ella generó el sistema volvió a funcionar como una máquina de endeudamiento.

Podría argumentarse que fue la conjunción entre la escasez local de capitales y la abundancia de fondos globales destinados a los mercados emergentes lo que alentó a gobernantes y empresarios a pedir prestado, pero ello está en abierta contradicción con el hecho de que la elite argentina tiene colocados en el exterior capitales superiores a los 100 mil millones de dólares, para algunos expertos la cifra es muy superior. El argumento de los diversos ajustes anteriores (y seguramente del próximo) es que los argentinos consumen más de lo que producen, que gastan por encima de sus ingresos lo que los impulsa a endeudarse, este razonamiento olvida el hecho de que mientras la deuda crece también lo hacen las colocaciones de fondos en el exterior (lo que entra por una puerta sale por la otra). En el pasado se aducía que estos capitales se fugaban porque las trabas dirigistas nacionales les impedían funcionar libremente, ello llevaba a complicadas elucubraciones de políticos y consejeros económicos acerca de cómo repatriar esos capitales, casi siempre la conclusión era que había que liberalizar en profundidad el sistema e instaurar una estabilidad monetaria durable. Es difícil imaginar una economía más liberal que la presente, la inflación es insignificante y la paridad peso-dólar ha sido clavada por ley, sin embargo la fuga de capitales se ha acentuado.

Una causa importante del endeudamiento ha sido el déficit comercial alto desde el comienzo del Plan de Convertibilidad. La política de apertura comercial provocó una ola de importaciones que acorraló a las industrias locales generando desocupación pero también una oferta de bienes que frenó la inflación, lo que sumado a la concentración financiera, comercial e industrial terminó por conformar un modelo con fuerte sesgo importador, muchos marginados y dominado por un reducido núcleo de grupos transnacionales. La desarticulación del tejido económico acentuó su dependencia, para poder crecer la economía enfrentada a la proliferación de agujeros productivos (causada por la desaparición de empresas) necesitaba importar, en la medida que este proceso se autoalimentaba el coeficiente de importaciones de la industria fue aumentando. El resultado final fue más deuda externa y ajustes cada vez más fuertes que buscan en vano reducir el déficit comercial y desacelerar el endeudamiento. Con una deuda externa global inmanejable Argentina queda atrapada en un círculo perverso de pobreza en expansión y enfriamiento económico durable, la persistencia del modelo no puede ofrecer más que eso.

Otra causa de endeudamiento es el déficit fiscal que según el viejo discurso liberal obedecía al mal desempeño de las empresas públicas, pero producidas las privatizaciones los déficit siguieron, lo que obligó a contraer deudas. La culpa fue entonces transferida desde la extinta empresa pública hacia un enemigo difuso ▶



ASOCIACION MADRES DE PLAZA DE MAYO

denominado "evasión", encarnado en el mal ciudadano que burlaba al fisco. Irrumpían de vez en cuando campañas fulminantes que por lo general castigaban a comerciantes y pequeños industriales desprevenidos matizadas con alguna "revelación" sobre personajes de la farándula o algún "rico y famoso". Las grandes empresas, especialmente extranjeras, solían estar ausentes de estas cruzadas tributarias. Pero la evasión fiscal obedece a dos factores principales: la falta de equidad y la corrupción de los grandes grupos económicos. Por una parte, los pequeños empresarios y la mayoría de trabajadores independientes acorralados por la carencia o el elevado costo del crédito y a veces por la contracción de sus mercados burlan al fisco como forma de financiar sus actividades y, por otra, las grandes empresas tienen suficiente poder de presión y corrupción como para hacerlo a gran escala. A ello se suma el hecho de que los sectores de altos ingresos tienen una presión fiscal relativa mucho menor que los de medianos y bajos recursos, un ejemplo de ello es el carácter insignificante que tiene en la Argentina el impuesto a la riqueza frente al predominio de los impuestos indirectos como el IVA que paga cualquier consumidor. La falta de equidad (los ricos pagan poco) y la evasión de los grandes grupos económicos no pueden ser corregidas por un gobierno totalmente subordinado a las clases altas.

Una causa decisiva del déficit fiscal ha sido la descomunal transferencia de recursos tributarios previsionales hacia las empresas en general y especialmente hacia las nuevas organizaciones financieras encargadas de administrar las futuras jubilaciones privadas (las AFJP). Desde 1994 el Estado realizó sucesivas reducciones de aportes patronales a la seguridad social, de ese modo, se afirmaba, bajaría el desempleo (al caer los costos salariales) y la evasión previsional, la suma del conjunto de reducciones acumula hasta hoy unos 20 mil millones de dólares, la desocupación y evasión por supuesto han seguido gozando de buena salud. En el mismo período aparecieron las AFJP a las que les fueron transferidas porciones crecientes de las recaudaciones de aportes jubilatorios de los trabajadores por un monto total acumulado de algo más de 20 mil millones de dólares. *Si sumamos ambas transferencias superaremos los 40 mil millones de dólares.*

"Los sectores de altos ingresos tienen una presión fiscal relativa mucho menor que los de medianos y bajos recursos, un ejemplo de ello es el carácter insignificante que tiene en la Argentina el impuesto a la riqueza."

La interacción entre endeudamiento y déficit fiscal y comercial se combinó con procesos de degradación que abarcaron al aparato estatal y al conjunto de la sociedad civil. El Estado, que la estrategia neoliberal prometió sanear depurándolo de taras dirigistas y burocráticas, redujo su dimensión y peso económico quedando sometido a las manipulaciones de los grandes grupos financieros. Las privatizaciones fueron de hecho desnacionalizaciones y luego numerosas empresas locales pasaron también a manos extranjeras. Esto conformó una nueva realidad económica que podría ser calificada como "colonial", regida por una dinámica cortoplacista de altos beneficios.

Argentina se encuentra ahora en recesión, aplastada por las deudas, empobrecida y con su aparato productivo degradado. No se trata de un fenómeno coyuntural superable con entrada de capitales o algunos alicientes tributarios, *la combinación de déficit fiscal, deuda externa y recesión es el producto inevitable de un proceso de saqueo incesante protagonizado por la usura global y los grupos transnacionales instalados en el país.*

Alternativa

Nos encontramos entonces ante un sistema que impone la depresión crónica, permanente de la economía. Las posibles recuperaciones de actividad gracias a algún auge exportador o una entrada de capitales son muy efímeras en ese régimen, sus mecanismos de pillaje omnipresentes se encargarían en esos raros casos de apropiarse rápidamente de las nuevas riquezas disponibles para retornar a la situación anterior. Por otra parte una depresión prolongada iría degradando más y más al tejido productivo, reduciendo el nivel de vida de sectores cada vez más extendidos. La dinámica del capitalismo argentino lleva a dosis crecientes de salvajismo, desarticulación social, hambre.

Revertir la situación, reactivar durablemente la economía por la vía de la redistribución de ingresos es técnicamente sencillo, pero extremadamente difícil desde el punto de vista político.

El déficit fiscal puede ser eliminado con sólo reestatizar la seguridad social y recuperar las contribuciones patronales reducidas desde 1994, lo primero, le daría al Estado unos 5 mil millones de dólares anuales y lo segundo más de dos mil millones, pero si además se establecieran impuestos a las superganancias monopólicas y financieras, se incrementaran y cobraran los de la riqueza, se redujeran drásticamente los fraudes fiscales y evasiones de grandes empresas extranjeras llegaríamos a un holgado superávit.

Además la suspensión de pagos y renegociación de la deuda externa pública ampliaría muchísimo más la disponibilidad de fondos por parte del Estado.

Ambas decisiones (fiscal y de endeudamiento) otorgarían al Gobierno un excedente tributario de más de 15 mil millones de dólares anuales (y tal vez más) con el que se podrían realizar aumentos masivos a jubilados, subsidiar incrementos salariales, brindar crédito barato a las pymes, apoyar financieramente exportaciones estratégicas, implementar grandes programas de vivienda, salud, desarrollo tecnológico, aumentar el gasto educativo en todos los niveles, etc.

Primera dificultad: las medidas señaladas enfrentarían a grupos muy concentrados que no constituyen enclaves aislados o simples estructuras de presión externa sino cabezas de redes de saqueo que controlan el grueso de la economía nacional de manera directa o a través de satélites, los principales medios de comunicación (también hiperconcentrados), las principales fuerzas políticas, etc. En suma, esos grupos constituyen el corazón, el cerebro del país burgués, del capitalismo concreto. Atacarlos no es una sencilla operación antimonopólica o antielitista (que de todos modos no suele ser tan simple) sino el enfrentamiento contra estructuras complejas, profundamente incrustadas en el tejido social e integradas al sistema mundial de dominación y que han logrado desarrollar una verdadera lumpencultura de la depredación, caotizante, disociadora, cortoplacista.

Segunda dificultad: el sistema bipartidista es un instrumento del dominio de dichos grupos, forma parte del mismo. Esto plantea el tema de las dos grandes identidades políticas argentinas del siglo XX, el radicalismo y el peronismo hoy convertidas en sombras grotescas del pasado, manipuladas por camarillas de políticos corruptos. Eso no es el resultado de ninguna "conspiración" sino de la evolución lógica de esos movimientos que acompañaron el largo camino del país burgués adaptándose a sus necesidades de reproducción. En sus orígenes ambos partidos expresaron con sus especificidades las presiones integradoras de las nuevas clases medias, trabajadoras, de nuevas burguesías industriales y comerciales, de burocracias estatales civiles y militares, etc., engendradas por las sucesivas expansiones y mutaciones del capitalismo argentino en su auge agroexportador y a lo largo de su industrialización subdesarrollada. Fueron grandes espacios políticos de negociación (que incluyeron a veces peleas muy duras) reflejo de la heterogeneidad y contradicciones internas de las clases superiores, medias e inferiores. El pragmatismo de sus dos jefes históricos, su caos ideológico, su desorden intelectual cubría, daba música a una práctica de acuerdos y rupturas sin final, sin decisión definitiva, expresión de su debilidad, su inferioridad estratégica con respecto de sus oponentes oligárquicos. Pero todo eso es ahora un pasado brumoso, un lejano recuerdo, la sociedad argentina se fue polarizando desde mediados de los 70 en torno de una burguesía depredadora local-global (lo segundo fue cada vez más dominante), no hay más espacio para otras clases altas, las viejas estructuras universitarias, sindicales, etc., de las clases medias y bajas fueron degradadas, anuladas, reducidas y en su mayor parte son "conducidas" por mercenarios de los grandes gerentes.

Peronistas y radicales no podían hacer otra cosa que lo que hicieron, conciliar sus discursos populistas, sus antiguos símbolos, la manipulación de sus clientelas electorales, con la nueva realidad, con el estrecho camino que le hizo transitar su raíz burguesa (nacional o democrática o plebeya o... pero burguesa). El eterno, viejo, desgastado juego entre los de abajo y los de arriba devino sometimiento completo a un poder burgués único, aplastante, cuya dinámica de pillaje no permite "demagogias" distribucionistas.

El radicalismo después de cerca de un siglo de fracasos y agachadas estaba lo suficientemente encallecido como para aceptar sin chistar su nuevo perfil, en cuanto al peronismo, que nunca fue "el hecho maldito del país burgués" (como la ingenuidad de John William Cooke suponía) sino una de sus expresiones plebeyas (seguramente la más importante de toda nuestra historia), pero nada más que eso, debió también transformarse en felpudo de los poderosos.

La otras producciones políticas coloniales, más o menos "progresistas" o "autoritarias" (cavallistas, frepasistas, belicistas, ucedeístas, etc.) no necesitaron adaptarse, ni sufrir mayores desgarramientos morales, nacieron, crecieron y decaerán al ritmo de las operaciones mediáticas y de los contactos con las cumbres del poder.

Necesitamos salir del pantano, si no lo hacemos nos iremos hundiendo en formas cada vez más profundas de degradación y barbarie, aparentemente es "imposible" hacerlo porque los sistemas de representación y expresión aparecen bloqueados. Sin embargo, la propia lógica del sistema de depredación reproduce en forma ampliada no sólo la marginalidad sino también descontentos, resistencias, peleas por la sobrevivencia y también de vez en cuando grandes broncas populares callejeras, huelguísticas, electorales. La economía de pillaje está destinada a desestabilizarse cada vez más, sus administradores fracasan uno tras otro, ello abre las puertas a nuevas administraciones coloniales pero también a la posibilidad de terminar con ellas, de superarlas, a través de una dinámica popular concreta, oportuna, pero cuyo éxito a largo plazo depende de su politización, de su radicalización anticapitalista masiva porque lo que está en juego no es una variante, uno de los modelos posibles del sistema sino su existencia, lo que está en crisis no es sólo la experiencia neoliberal sino todo lo que hay detrás de ella y que ella culmina: la larga historia del país burgués que terminó siendo un burdel financiero integrando así la evolución mundial. Ello plantea temas de orden práctico y teórico, de capacidad de innovación, de generación de iniciativas y de articulación estratégica de las mismas. Pero esos proyectos opositores no sólo se nutren de la brutalidad del presente sino que heredan restos de estructuras, de prácticas sociales y políticas, de memorias conservadas o inventadas de la historia reciente o lejana. Los que hoy combaten la injusticia, la explotación, la discriminación, la opresión son los verdaderos descendientes de las luchas populares del pasado, no reproduciéndolas sino prolongando su rebeldía, desde las míticas montoneras y malones del siglo XIX hasta la insurgencia de los años 60 y 70 del siglo XX, pasando por las resistencias anarquistas, comunistas, peronistas ("La historia siempre se plantea en función de la actualidad. Su evocación es una mirada que echamos al pasado con los ojos del presente, y el recuerdo está teñido por la circunstancia en que se produce", Cooke).

"La economía de pillaje está destinada a desestabilizarse cada vez más, sus administradores fracasan uno tras otro, ello abre las puertas a nuevas administraciones coloniales pero también a la posibilidad de terminar con ellas."

Esa articulación política popular apuntando hacia un enfrentamiento generalizado contra el Poder es posible porque el potencial de control de dicho Poder se va deteriorando como consecuencia de su propia dinámica que se nutre de la crisis que él genera, ajustando, caotizando y volviendo a ajustar, etc., todo ello en el contexto de una economía mundial atrapada por la decadencia financiera.

Esa alternativa de regeneración nacional superadora del capitalismo es posible, necesaria pero no inexorable, es una lucha no definida de antemano entre la humanización revolucionaria y la degradación.